

alma manchada de pecados, y desgarrada por crueles remordimientos, se arrojó á los piés de Jesús, consagrándole todo el amor que hasta entónces profanara en torpes extravíos, y Jesús la hizo levantar con un alma del todo nueva, y casi diría divina. Ella es la figura y como un tipo de las almas que pasan del pecado á la gracia. ¡Ah! sí; todas las almas que peregrinaron sobre esta tierra y pasaron á la otra vida reconciliadas con Dios, hicieron lo propio que la Magdalena; y de todas puede decirse, que han sido perdonadas, segun la intensidad con que habían amado; y que el haber amado á Jesús, fué efecto de una mirada suya sobre ellas, un don de su gracia y de su infinita misericordia. También nosotros hemos recibido, y sin duda más de una vez, esta benigna mirada de Jesús; pero ¿cómo hemos correspondido? Cierto, que también nosotros descubrimos en aquella mirada una belleza divina que nos conmueve; mas ¡ay! el hábito de las pasiones nos arroja de nuevo abajo, donde sentimos que arde el Infierno.

Miéntas tanto Jesús, habiendo predicado la doctrina de su Padre celestial, cuanto bastaba para iluminar á Israel y al mundo, se dispuso á celebrar con su dulce Madre y los discípulos la última Pascua, á cuyo fin se dirigió con ellos hácia Jerusalem, que había de corresponder á tanto amor dándole la muerte de los malhechores. Y para que aquel pueblo no se excusase del delito que iba á cometer, quiso, primeramente, que le reconociese de un modo extraordinariamente solemne como á su Salvador. Por consiguiente, montado en un jumentillo, y acercándose á las puertas de la ciudad, luego que se esparció la noticia, Jerusalem en masa salió á recibirle con los honores debidos al Hijo de David, que había venido para salvarlos. Hombres y mujeres, ancianos y niños, de toda edad y condicion, corren á su encuentro entre universales gritos de alegría; unos, en señal de júbilo, agitan ramos de olivo y palmas; otros tienden en el camino los más ricos vestidos que tienen; y de aquella oleada inmensa de pueblo se levantaba un grito altísimo: «¡Hosanna al hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor (1)!» Jesús, bendiciendo con benigna mirada y ademan majestuoso á la regocijada multitud, parecía que dijese: Jerusalem, ¡ojalá perseverases en estos sentimientos de amor á tu Dios! Y ¿quién podría describir aquí la alegría de que se sentiría conmovido el corazón de María en aquel festivo acontecimiento? Quizás en aquel instante olvidó cuanto había padecido hasta entónces con su amado Jesús, y

(1) JOAN. VII, 13.

así conmovida de ternura, se traslada donde Él había resuelto celebrar la última Pascua.

¡Oh María! estos son los últimos momentos de alegría que goza tu bendito corazón. Este es el último consuelo en medio de tus largos afanes. Aquí, en este triunfo de tu Hijo rodeado y seguido de un pueblo inmenso, que le aplaude y le bendice, acaba tu alegría maternal; pues dentro pocos instantes la escena cambiará enteramente; y á las alegrías sucederán tristezas; á la ternura, inefables amarguras; á la sublimidad del sentimiento, que aquel triunfo despertó en tu alma santísima, el espanto y el martirio de tu corazón, presenciando el cruel suplicio que la malicia humana tiene preparado á la virtud é inocencia de tu Hijo; inocencia y santidad esencial, esplendor y sustancia de la gloria de su Padre, ántes de los siglos. Por lo tanto, tu dolor será como la mar en tiempo de tempestad; pero tu corazón se levantará sublime sobre ella: y gloriosa como tu Hijo, dirás al mundo, que no son las alegrías, sinó el sacrificio y el dolor los instrumentos y el camino de la salvacion y de la gloria. ASÍ SEA.

DIA TREINTA.

MARÍA EN LA PASION DE JESÚS.

Stabat juxta crucem Jesu mater ejus.

Junto á la cruz de Jesús estaba su madre.

(JUAN. XIX, 25.)

La vida de la Virgen, hermanos míos, que toca ya á su fin, si bien lo observais, presenta como un grande y magnífico cuadro, encarnado en varias y diversas escenas, cada una de las cuales nos pone á la vista un hecho singular de elevados misterios, que alumbran la mente con una luz intensa, y conmueven profundamente el cora-

zon; escenas que, reunidas juntamente, resuélvense en un gran todo, esto es, la preparacion y la inmolacion de dos víctimas á la irritada justicia del Padre celestial, para aplacarle á favor de la descendencia humana. Nosotros ya hemos contemplado todos estos pasos de la vida de María, segun el misterio particular que contienen; ahora nos falta considerar el grande acto, al cual se aunan todos, y donde reciben la vida, el movimiento y el color, como desenvolvimiento final de una solemne tragedia, que tuvo largamente suspendida nuestra espectacion. Este acto principia en la ciudad de Jerusalem y termina en la cumbre del Gólgota, teatro del delito más horrible que pudiera presenciarse el mundo; esto es, la muerte del Hijo de Dios. Veinte siglos ántes, en la misma cima de ese monte, Dios lo había mostrado al mundo para un lejano porvenir, cuando por su mandato subió allí Abraham con su único hijo Isaac, cargado de leña, sobre la cual debía ser inmolado. Aquella fué la figura; ahora tocamos la realidad, esto es, la inmolacion y la muerte del Hijo de Dios; única víctima que Dios podía aceptar en expiacion del delito que había trastornado la obra de la creacion, ya que era digna de Él; y, en efecto, Dios, no solo no la rehusa, sino que con ella se aplaca. María estaba destinada á presenciar esta muerte; y tuvo que padecer tan cruel martirio, que se puede decir con toda seguridad, haber sido ella crucificada juntamente con su Hijo. Tenemos aquí, pues, dos víctimas, que serán ahora el objeto de nuestra consideracion. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

Las palmas que los Hebreos habían esparcido á los piés del Salvador, cubrían aún el áspero camino de Betania, y el eco de las orillas de Cedron repetía todavía las vivas aclamaciones de gloria y de triunfo con que había sido recibido en la ciudad, cuando vino á cumplirse el más terrible acontecimiento que recuerdan las historias, y jamás se presenciará otro semejante; me refiero á la captura y sentencia de muerte contra el Hijo de Dios. No me detendré en este momento, hermanos míos, en explicaros de que manera los Príncipes de los Sacerdotes, los Ancianos del pueblo y los Fariseos se apoderasen de Jesús por medio de la traicion; ni el modo como mandaron prenderle en el Huerto, ni más ni ménos que si se hubiera tratado de un infame malhechor; ni tampoco los malos tratamientos con que le acompañaron al tribunal de Anás y de Caifás, y lo que le hicieron sufrir allí; ni, por último, como le querían muerto á toda costa, por más que se opusiera á ello el Presidente romano Pilatos. Todos esos hechos os son bastante conocidos, y, por otra parte, la Virgen

no figura en la historia Evangélica, hasta que empieza á aparecer en el instante que su Hijo, desde el Pretorio, emprende el camino del Calvario.

No obstante, quien considere que Ella se hallaba en aquellos momentos en la ciudad deicida, y que supo uno por uno todos los espantosos episodios de aquel terrible acontecimiento; como fué tratado Jesús en la presencia de Anás y de Caifás, los interrogatorios sostenidos en el tribunal de Pilatos, los furiosos gritos del pueblo, que, excitado por los Escribas, por los Fariseos y por los Príncipes de los Sacerdotes, pedía su muerte, á pesar de haber protestado el Presidente romano de que no hallaba motivo para condenarle; el azotamiento, la coronacion de espinas, y, por fin, la consecucion de la oprobiosa sentencia, que con la cruz á cuestas, fuese conducido á morir como vil malhechor en la cima del Calvario; esto basta para figurarse lo que debió pasar en aquellos supremos instantes de desolacion en el alma bendita de María. Empero, Ella, hermanos míos, digna Madre del Hijo de Dios, cumplió fielmente con la mision que le había sido confiada, esto es, la de ofrecer generosa el fruto santísimo de sus entrañas á la justicia del Padre para nuestra redencion. ¡Entendámoslo bien, amados hermanos! para nuestra redencion, para librarnos de la muerte eterna y reconciliarnos con el Cielo. Y nosotros ¡ay! ni siquiera pensamos en ello; y caso que en ello pensemos, nos conducimos como si este fuera el menor de los beneficios que podíamos recibir en nuestra vida.

Mas héos aquí, hermanos míos, que Ella entra tambien en escena; en la desoladora escena de la crucifixion y muerte del Hijo de Dios. Cargado Jesús con el pesado y oprobioso madero de la cruz, se dirige hácia la puerta Judiciaria, que conducía al lugar del suplicio de los malhechores. A medida que adelanta, agrúpanse una muchedumbre de curiosos; quien prorumpen en injurias, gritando anatema al Hijo de Dios; quien compadece el desventurado fin del jóven Profeta, que en toda su vida mortal no había hecho más que dispensar beneficios á los hombres, los cuales ahora le abandonan y hacen traicion. Entre tantos, ni uno solo hubo que tomase resueltamente su defensa; ni se oyó una sola voz que protestase contra aquel delito. ¡Silencio inicuo, que excede á toda ponderacion, y que todavía no ha concluido, puesto que en las conversaciones de hoy dia se oye, con harta frecuencia, proferir impías blasfemias contra la Religion, ultrajar á los ministros del altar, insultar al mismo venerable Jefe de la Iglesia de Jesucristo, sin que nadie tenga valor para levantarse á defender su fé y el honor de los ministros, de quienes Jesucristo dice: «Quien

desprecia á vosotros, á mi me desprecia!» Vergonzosas y viles conversaciones, en las cuales los hombres malvados no reparan en maldecir las cosas sagradas; y los buenos, pusilánimes, ó peores, no sé por qué conveniencia social, callan como cobardes, ó aparentan no desaprobar los impíos discursos que oyen. Vergonzosas, digo, y viles conversaciones para esos católicos, que no sé cómo pueden llamarse tales, si no creen lo que profesan; ú hombres de honor, avergonzándose, y dejando pisotear brutalmente la Fé! Pero volvamos á Jesús.

Se adelanta, pues, hácia la puerta Judiciaria, camino que dentro pocos instantes debía conducirle al Gólgota; cuando hé aquí que una Mujer de insigne belleza, sumida en dolor inmenso, se abre paso entre las turbas, é intenta acercársele. Era María, á quien aquella multitud, por natural instinto de compasion y de piedad cede, voluntariamente, el paso. Pero en el instante de llegar á su Jesús, oyó horribles palabras de insulto y de escarnio que los Fariseos lanzaban contra Él. Y lo peor aún: cierto grupo de esbirros adelantan las puntas de las lanzas para apartarla. Entónces salió de su mirada un rayo de magnánima indignacion, que obligó á aquellos desgraciados á bajar las armas, y dejarle el paso libre. ¡Hé ahí, hermanos míos, el verdadero valor: el valor que, en la necesidad, se convierte en defensor magnánimo de la justicia y de la desgracia, aún con el sacrificio de la vida! Valor, ahora más que nunca necesario, si de algun modo queremos oponer resistencia á los malvados que combaten contra Dios y su Cristo, los cuales son hoy día numerosísimos y muy osados; mientras que nosotros nos avergonzamos de aparecer lo que ser pretendemos, esto es, verdaderos y sinceros católicos. Entre tanto la irreligion avanza como un torrente devastador que acumula á cada paso desoladoras ruinas. ¡A dónde irá á parar la sociedad con tanto atrevimiento en cuanto se refiere á Jesús y á la Iglesia, y con tanta vileza en el ánimo de sus hijos?

Llega la divina Madre cerca de Jesús, y visto á Jesús tan humillado, que á duras penas podía andar bajo el peso de la cruz, y, especialmente, aquel rostro tan majestuoso y á un tiempo tan dulce y benigno, que Ella había tantas veces besado con ternura, ahora hinchado, livido y tan cubierto de lodo y de sangre, que apenas conservaba señal alguna de la imágen del Criador; ¡ay! la pobre estuvo á punto de morir de angustia; y hubiera ciertamente sucumbido, si el Cielo no la hubiese sostenido con su poder! Una tradicion antigua refiere, que habiéndola Jesús mirado piadosamente, la dijo: ¡A Dios, Madre! ¡Ay! á estas palabras se estremeció del todo, se le oscurecieron los ojos, perdió las fuerzas, y cayó desvanecida sobre aquel

sagrado suelo, completamente teñido de la sangre que, al pasar, había derramado su Hijo! Y nosotros tambien, hermanos míos, á no abrigar un corazon de piedra, no podremos ménos de sentirnos oprimidos de espanto y de terror al recordar esa escena de dolor: pero ¿hemos considerado, acaso, que esa escena se renueva cada vez que nos dejamos llevar del ímpetu de nuestras pasiones, pecando contra la ley del Señor? ¡Ah! el pecado, el solo pecado, es la causa fatal de aquel martirio que el Hijo de Dios, y con Él la Reina de las Madres y de las Virgenes, tuvieron que sufrir!

Cuando la Virgen hubo vuelto en sí de aquel pasmo, Juan y la Magdalena, que la acompañaban, intentaron alejarla de aquella escena, todavía más terrible, de sangre y de muerte que se preparaba en la cima del Gólgota: mas Ella no lo consintió, y quiso subir el doloroso monte, donde su Hijo la había precedido. Miétras tanto la gente se apiñaba cada vez más á lo largo del camino; plebe, magistrados, sacerdotes, hombres y mujeres, confundidos en tropel y vociferando, atraídos por una curiosidad bestial, y alguno por compasion, dirigianse al Calvario. Entre las pocas almas piadosas haremos aquí mencion de algunas mujeres, que se deshacían en llanto, siguiendo á Jesús. Y Jesús, que las oyó, no quiso dejar sin recompensa su tierno amor. Volviose á ellas, diciendo: «Hijas de Jerusalem, no lloreis por mí; llorad por vosotras mismas, y por vuestros hijos; porque presto vendrán días en que se dirá: ¡Dichosas las estériles, y dichosos los vientres que no concibieron!» Con cuyas palabras demostró Jesús la paz de su muerte, y su viva caridad en aquellos instantes; lo cual es otra prueba estupenda de ser Él el verdadero Hijo de Dios! Aquellas mujeres eran madres y judías, segun se desprende de las palabras del Salvador, y fueron las primeras personas, además de su Madre, que el Evangelio nos presenta unidas por el dolor á su dolor inmenso. De este número fué, tal vez, la Verónica, de que hace memoria, no la historia evangélica, sino una tradicion bastante antigua; la cual, enardecida por su piedad, pudo llegarse á enjugar el sacratísimo rostro de Jesús, sucio de polvo, de sudor y de sangre, quedando impresas sus facciones en el paño. ¡Ah! cuán bella es esa piedad de las mujeres de Jerusalem! ¡Y cuánto consuelo, cuando la vemos renovada por su sexo en los dolores que Jesús continúa sufriendo de los impíos en su Iglesia! ¡Oh piadosas mujeres! esta es vuestra verdadera gloria; esta la virtud que hace grato é inmortal vuestro nombre: vuestro amor á Jesús y á su Iglesia. Pero volvamos á María.

Alcanzado que hubo Ella la cima del Calvario, de repente dirigió sus miradas en busca de su amado Hijo. Viole al instante; pero ¡oh

Dios mío! ¿en qué estado? Desnudo, sin un miserable paño siquiera que le cubriera! ¡Con esa ignominia pagaba la deuda de tantas inmodestias nuestras, de tantas lascivias, y de tanta malicia, á que nos dejamos arrastrar voluntariamente con harta frecuencia! Mientras tanto los verdugos, cada vez más feroces, le cogen y extienden á lo largo de la cruz! A este horrible espectáculo, María retrocede hácia un antro próximo al lugar de la ocurrencia (1), al paso que la endemoniada turba prorumpía en altos gritos y silbidos, insultando ferozmente al Hijo de Dios. Cesada aquella gritería, empezaron á oirse golpes de martillo, martillazos sordos que daban contra madera y carne magullada. Eran las carnes benditas del divino Redentor, que aquellos verdugos traspasaban, sujetándole con clavos en la cruz. ¡Dolor, espanto y terror apoderáronse de la Virgen, que la Magdalena, no ménos asustada y temblorosa, estrechó entre sus brazos, mientras que el predilecto Juan, cediendo también al espanto, apoyose en una de las paredes de la gruta! Mientras tanto redóblanse los golpes; y, finalmente, un soldado romano grita: «¡Está crucificado!» Entónces helose á María la sangre en sus venas, y se apoderó de ella un temblor convulsivo tal de todos los miembros, que las dos almas piadosas que con Ella estaban, creyeron iba á espirar.

Inmediatamente despues empezó á oirse un sordo rumor de cuerdas, pasadas por las garruchas: era el tronco de la cruz que se arbolaba y luego afirmaba en una hoya! Entónces sintiose, en medio de una infernal algazara, una voz ronca que gritaba: «¡Salud al rey de los Judíos! Si Dios le ama, venga á libertarle. Si eres hijo de Dios, baja, oh Nazareno, de la cruz (2).» Jesús, padeciendo el cruelísimo tormento de la crucifixion, responde á la provocacion de sus enemigos con esta súplica á su Padre: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen!» Entre tanto los soldados, que servían de verdugos, tomaron, segun el derecho que les concedía la ley romana, los vestidos del Salvador, de los cuales hicieron cuatro partes, una para cada soldado. Mas la túnica sin costura, que la Virgen había tejido con sus propias manos, no la dividieron, sinó que echaron suertes para ver de quién sería, con lo cual se cumplió la profecía del Salmo: «Partieron entre sí mis vestidos, y sortearon mi túnica (3).» En el momento de la crucifixion empezó la agonía, y las tinieblas empezaron á cubrir el Calvario y toda la tierra. Los dolores se acrecentaban á medida que iban dilatándose las llagas abiertas por los

(1) De Geramb, *op. cit.*

(2) LUC. XXIII, 37.

(3) PSALM. XXI.

clavos. Chorreaaba sangre de todas las partes del cuerpo; y con tanta abundancia salía de las manos y piés, que bañaba el terréno. La cara hinchada y lívida, los movimientos convulsivos de toda la persona, la mirada cansada é intermitente, la respiracion difícil, la sed ardiente, y los demás signos de muerte propios de los crucificados, fueron tanto más aflictivos á Jesús, y se acumularon con mayor rapidez, cuanto más enflaquecido estaba su cuerpo por los ultrajes precedentes, y más despejado su espíritu. Despejado tenía el espíritu y sufría inexplicables angustias.

Y Tú, ¿dónde estabas entónces, oh dulce María? El Evangelio, hermanos míos, nos dice, que estaba al pié de la cruz: *Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus*; y con ella estaban María Magdalena, María Cleofé y el amado discípulo Juan. No hay para que decir lo que allí hacía María: ya sabéis, que padecía con Jesús la misma terrible agonía, y la ofrecía con Él á la irritada justicia divina para la salvacion de todo el humano linaje. Y este grande prodigio de la salvacion universal empezó, realmente, mientras Ella con Jesús agonizaba y rogaba. Dos malhechores habían sido crucificados á los dos lados de su dulce Hijo. El de la izquierda ¡tiemblo al pensarlo solamente! en las últimas convulsiones de la agonía insultaba al Redentor del género humano, y blasfemaba contra Él cual si lo hiciera un demonio del Infierno. ¡Horrible misterio! hermanos míos, tanto que su compañero no pudo ménos de reprenderle, diciendo: «¿Cómo, ni aún tú temes á Dios, estando como estás en el mismo suplicio? Nosotros, á la verdad, estamos en él justamente, pues pagamos la pena merecida por nuestros delitos; pero éste ningun mal ha hecho.» Y luego, dirigiendo la mirada á Jesús, le rogó, diciendo: «Señor, acuérdate de mí cuando hayas llegado á tu reino!» Y Jesús le dijo: «En verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el Paraíso.»

¡Oh palabras divinas! oh revelacion magnífica de la divinidad de Jesús, no ménos esplendorosa que la del Tabor! ¡Ah! sí; su divinidad se me descubre brillantemente con estas sus palabras, que no podía proferirlas sinó un Dios; cual se me presenta con su cuerpo lacerado y ensangrentado, con su invencible paciencia, con el infinito amor que siempre demuestra igualmente hácia la ingrata y rebelde criatura; y con la admirable calma con que mantiene su carácter de Profeta y de Salvador del mundo, mientras que con su sangre sella las doctrinas que había anunciado. Y Tú también ¡oh María! me pareces divina al pié de ese patíbulo, cuando repites en tu dulcísimo corazón las palabras que tu Hijo profiere, desde la cruz; y te muestras feliz en tu inmenso dolor, porque hoy un alma entrará con Él en

el Cielo; un alma, por la cual suplicaste de un modo especial, si verdadera es la antigua tradicion, que ese afortunado ladrón fuera aquel capitán de malhechores que intimó á sus compañeros te respetaran al huir á Egipto.

¡Hermanos míos! fúnebre y desolador es sin duda el Calvario, donde agoniza el Hijo de Dios, y con Él su divina Madre! Pero si fijamos la atención en los prodigios que allí se cumplen, prodigios no ménos solemnes que aquellos que Jesús obró durante su misión, prodigios de amor y de misericordia; el corazón se siente tan atraído hácia aquel monte, que una vez subida su áspera cima, no quisiera bajar de ella, sino permanecer allí para siempre. Lo mismo que el rostro de toda persona querida que la muerte ha separado de nosotros, se ofrece con frecuencia á nuestra imaginación, y nos queda impreso en el corazón, tal como lo vieron nuestros ojos por última vez, así sucede tratándose de Jesús, crucificado en el Gólgota, y de su Madre crucificada con Él al pié de la cruz. Uno y otro entraron, y han quedado impresos en la nueva edad que empezó al pié de la cruz; y de esta suerte quedan y quedarán grabados hasta el último día en todo corazón, que conozca la historia del Cristianismo. Verdad es, que lo mismo que en el Gólgota, hubo en todos los siglos, y los hay en el presente con más descaro que en ningún otro, corazones que rechazan al Crucificado: pero esto mismo, hermanos míos, os demuestra, que era verdaderamente Hijo de Dios. Esto indica que, después de diez y nueve siglos, la nueva sociedad que empezó al pié de la cruz, gira sobre el mismo patíbulo, como alrededor de una bandera; unos por amor, y por haberla defendido; otros por odio y por haberla pisoteado. ¿Qué prueba más luminosa puede alegarse de que se cumplió en aquella cruz, no un hecho humano, sino divino, y de que Jesús era verdaderamente Hijo de Dios? Y no os engañe la artificiosa indiferencia que aparentan los enemigos de aquella bandera: esta indiferencia es un refinado artificio, y nada más, que da nuevo esplendor al hecho de que tratamos. Fingen indiferencia, pero no son tan indiferentes como quieren aparentar; ántes bien el Crucificado es el objeto de todos sus pensamientos, de todos sus estudios y esfuerzos, para arrojarle por tierra, si posible fuera, con su cruz; del mismo modo que es para nosotros el objeto de todas nuestras ansiedades y de todo nuestro amor. ¿Qué argumento más eficaz, pues, para afirmarnos siempre más y más, y perseverar constantes en este amor, aunque tuviéramos que ser crucificados con Jesús?

¡Oh María, dulce Madre de Jesús! nosotros queremos permanecer contigo en esa horrible cumbre, al pié de la cruz, para participar

contigo de la agonia de tu dulce Hijo y nuestro Dios y Redentor, y consolarnos en los prodigios inefables, con los cuales al morir sella su grande misión, que le constituye dueño y árbitro de las naciones y de los siglos. Por cruel que sea el martirio, lo sostendremos intrépidos, como Tú lo sostuviste; lo sostendremos para consuelo de nuestras almas, y para bien de tus enemigos y de tu Hijo, que continuando hoy contra su Iglesia la guerra atroz con que fué llevado á la muerte por los Judíos, no saben, como ellos no sabían, lo que hacen. ¡Oh Madre amorosa! alcánzanos tu constancia en nuestro propósito, ya que desgraciadamente podemos ser seducidos, asaltados de continuo por tantas y tan pérfidas pasiones que no nos dejan un momento en paz. Hoy nos quedaremos aquí contigo, crucificada como estás al pié del patíbulo de tu Hijo crucificado. Nos quedaremos aquí contigo, abrazados á su cruz; en la cual deseamos morir, ántes que separarnos de ella, ni por un instante, en todo el resto de nuestra vida. Así SEA.